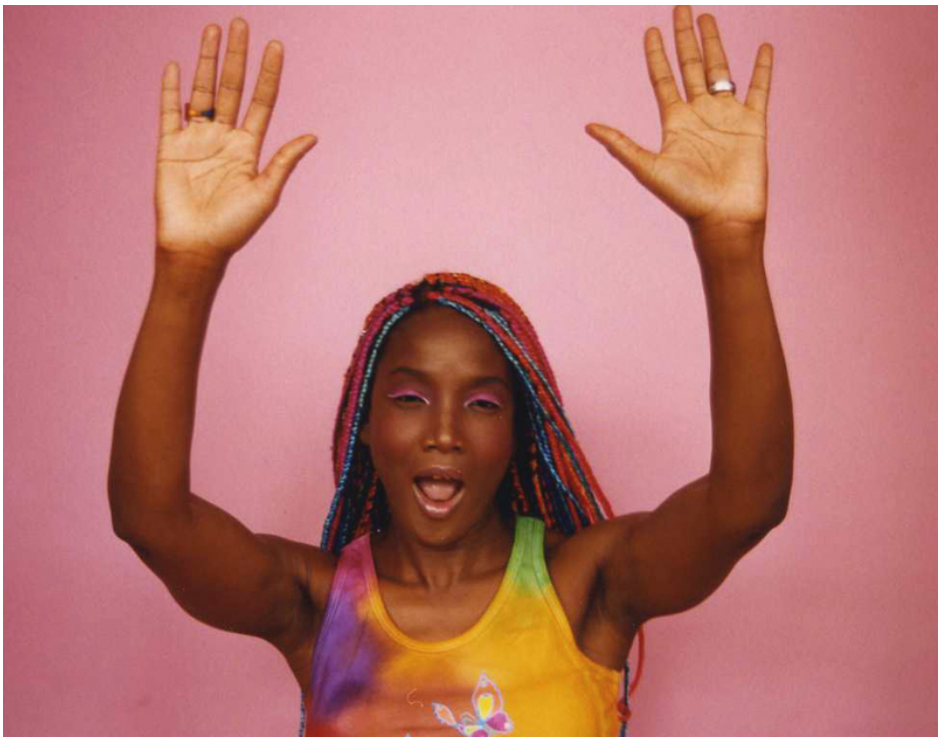


La cantante Lucrecia

(JUAN MANUEL QUERO , 24/01/2014) | No hace mucho se podía escuchar por todos sitios una canción que se titulaba «Mi Gente», de la famosa cubana Lucrecia. Esta decía así:

¡Ah!
Que levante la mano
el que se quiera salvar.
¡Ah!
¡Ay!, que levante la mano
el que se quiera salvar.
Dice:

¡Ay!, que levante la mano
el que se quiera salvar.
¿Cómo?:
¡Ay!, que levante la mano
el que se quiera salvar.

¡Aaaaaaaah!

Mi gente quiere bailar.
Mi gente quiere gozar.
Mi gente no quiere
que le coman la cabeza […] *[1]* .

No me sentaba muy bien escucharla, porque la entendía como un tipo de sarcasmo sobre los evangélicos. Pero pensando en la importancia del autoexamen, meditaba en esto de otra manera. Solemos presentar el «plan de salvación» de forma muy resumida, para evangelizar en muy poco tiempo a las personas con las que nos encontramos. Es una especie de «evangelización exprés». Preparamos multitud de folletos con este mismo fin de que las personas puedan ser iluminadas y salvas en unos instantes. Yo he repartido miles de folletos y presentado el mensaje de salvación a multitud de personas de esta forma.



Como pastor bautista, yo siempre he entendido la importancia de que la congregación con la que damos culto a Dios, sea también una comunidad confesante, que exprese. Después de las predicaciones he dado la oportunidad para que bien levantando la mano, o con otras diversas expresiones o manifestaciones se pueda indicar algo respecto a la decisión que se toma ante el mensaje bíblico; ¡pero cuidado!, es muy fácil caer en los tópicos, y llamar «plan de salvación» a algo que no es completo, y que no forma parte de esa soteriología bíblica que presenta a Jesús como Salvador.

Los evangélicos entendemos que la Biblia fue escrita para guiar a las personas, y para revelarnos la salvación de Dios. Pablo decía: «No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación al que cree […]» (Romanos 1:16). Pero cuidado con darle demasiada centralidad a las expresiones y recursos que el hombre usa. No es una oración para ser recitada la que trae salvación, si quién la pronuncia no rinde su corazón a Dios; no es «levantar la mano» en un emotivo acto, si esto no conlleva la decisión de cambiar realmente; no es un folleto, por muy bien que esté escrito, ni la predicación entusiasta y ungida la que salva a las personas. El poder para la salvación radica en Cristo, quién está tras el Evangelio (Juan 5:39).

La salvación no la puede realizar el hombre, --ni siquiera la iglesia--, es la obra de Dios, el don de Él que solamente se recibe por fe, en la confianza de que Jesús como Señor de mi vida, me salva eternamente, y me cuida cada día (Efesios 2:8-10).

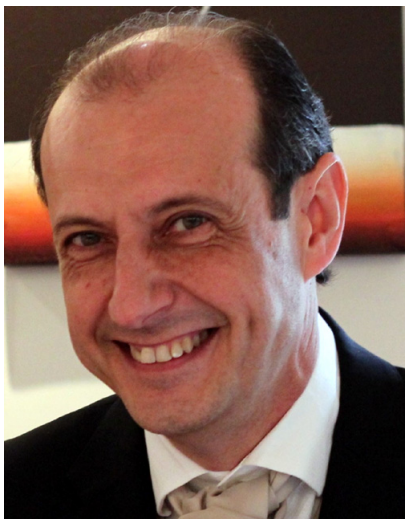
Si bien, la salvación es el milagro de la regeneración en nuestras vidas, esto también es el inicio de una restauración, que se da constantemente en cada uno. Esto es algo que rompe moldes en todos los aspectos. La iglesia no salva, pero tiene que proclamar el mensaje de salvación, es decir, El Evangelio; y acompañar a los que deciden por una nueva vida andando con Jesús.

El discipulado, --concepto con el que describimos los primeros pasos del nuevo creyente--, es un período, no simplemente para aprender la jerga de una religión, sino para comprender el proceso de restauración y llevarlo a cabo. En esto, la iglesia, ---personas que también viven ese proceso en otra etapa--, deben de estar constantemente acompañando, como familia espiritual.

Por ello la evangelización no debería ser entendida solamente por una liturgia, o manifestación seudomágica, sino como la forma de presentar el Evangelio restaurador, donde la persona desorientada, puede encontrar el camino de la Vida, que en este mundo se plasma en el ámbito de la restauración, pues todos somos pecadores, incluso los creyentes, pero la diferencia es la decisión de aceptar a Cristo y seguirle, ante otros que no lo hacen, para andar como parte de un pueblo que tiene una esperanza diferente.

No nos quedemos con tópicos irreflexivos, que puedan ser entendidos como intento de «comer

la cabeza» a alguien, pues aunque nosotros entendamos que no es así, los demás también deben entenderlo de la misma manera.



El sacrificio de Cristo es suficiente para salvarnos; sin embargo, Él quiso contar con la iglesia, para proclamarlo y para acompañar.

Por ello es que la evangelización no solamente es esperar «que alguien levante la mano», sino planificar una estrategia en la que colaboremos con Dios, de forma que Él nos use para que la Palabra de Dios sea revelada, comprendida y vivida, con todo lo que implica.

En las misiones modernas, con Carey a la cabeza, esto era esencial. No se entendía la evangelización misionológica sin buscar la restauración en todas áreas básicas de la persona, como un todo. Se atendía las necesidades espirituales, físicas e intelectuales, de manera que el Reino de Dios fuese tomando cuerpo en el orden que el Espíritu Santo da en todo.

Una comprensión de la soteriología en este nivel, genera una teología de la evangelización y de las misiones muy diferente a la que muchas veces se realiza, sin profundizar lo suficiente en lo que es un proceso de restauración acompañado por la iglesia.

---

[1] Para escuchar esta canción se puede entrar en el siguiente enlace: http://youtu.be/agg9smmoeX0

Autor: Juan Manuel Quero

© 2014. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA. Las opiniones de los autores son estrictamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.

{loadposition quero}